

COLECCIÓN
ALMANAQUE

BOLIVIA, ¿DÓNDE ESTÁ ESO?

•
MÓNICA VELÁSQUEZ GUZMÁN (EDITORIA)
MAGELA BAUDOIN
OSWALDO CALATAYUD CRIALES
GABRIEL MAMANI MAGNE
CLAUDIA PEÑA CLAROS



VERA editorial cartonera

BOLIVIA, ¿DÓNDE ESTÁ ESO?



COLECCIÓN
ALMANAQUE

BOLIVIA, ¿DÓNDE ESTÁ ESO?

MÓNICA VELÁSQUEZ GUZMÁN (EDITORA)

MAGELA BAUDOIN

OSWALDO CALATAYUD CRIALES

GABRIEL MAMANI MAGNE

CLAUDIA PEÑA CLAROS



VERA editorial cartonera

El título de este libro retoma el del conversatorio entre narradores bolivianos residentes en y fuera del país realizado en plataformas virtuales por el grupo de investigadores independientes X21 en diciembre de 2021 (disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=yfZqlBge-Hc>). La pregunta no apela, evidentemente, a una respuesta apresurada que indique una ubicación geográfica, bajo las coordenadas de latitud y longitud, que localice «eso» en un mapa demarcado por el arbitrio de los conocidos Estados–Nación. El problema tampoco puede ser sorteado por la excusa de una mera ignorancia, sino que insiste en la duda respecto a *qué asociar* al gentilicio boliviano/a, para poder situarlo dentro de un cierto plano diferencial de culturas. Esta *asociación*, por su parte, no es eludible, aunque no se trate de anexar exigencias de una cierta correspondencia entre connotaciones singulares (físicas, étnicas, históricas, etc.) y la representación de lo «propio» en una elaboración textual. Así lo formulaba en el diálogo que originó el presente texto la escritora Giovanna Rivero, quien contó el desconcierto en su interlocutor, al no saber qué sitio dar a esa nacionalidad.

El lugar desde donde se escribe puede estar escindido del lugar donde reside un/a autor/a, en el plano imaginario, pero no puede dejar de afectar a la propia materialidad corporal sitiada/situada de quien escribe. En el plano real, las condiciones (materiales, técnicas,

sociales, culturales, lingüísticas, políticas y económicas, entre otras) que contextualizan a una escritura restringen, sin determinar, mucho de la misma. Podría decirse que nacer en un sitio u otro es solo una circunstancia, un asunto de contexto, de natalidad con el que pactar y del que eventualmente alguien podría sustraerse. Podría entenderse que ese estar–en es parte del marco cultural del que bebemos y al que alimentamos. O podría especularse sobre cuánto del lugar desde donde trabajamos y cuánto del lugar en el que nacemos se filtra en las obras y en sus «modos de producción y de circulación», tan importantes hoy al pensar lo literario por fuera del mito trascendental de la creación individual. ¿Puede la producción literaria, en un país como Bolivia, sustraerse y asumirse sin estas determinaciones y, sin embargo, sin diluirse tampoco en lo global, dada por ejemplo su bajísima conectividad digital, como reveló la pandemia?

Se puede preguntar si los/las escribientes de nacionalidad boliviana que residen fuera pactan con la expectativa de representación, de exotismo o, más radicalmente en los últimos años, con la esperanza de una «reserva» de plurinaciones, reivindicación indígena y una supuesta armonía con el ecosistema. ¿O se encuentran también con la pregunta de nuestro título, es decir con la falta total de referentes asociados a Bolivia en la lectura de editores y lectores internacionales? En ambas posibilidades parecen recaer anhelos y peticiones sobre la producción de la obra misma convertidas en expectativas que conforman o se adhieren a tal producción, sea en forma de particularidades o, por el contrario, de neutralidad cultural.

Si nuestra situación mediterránea, de *isla* rodeada de tierra, parece haber flexibilizado un poco sus fronteras por medio de las tecnologías de información y la conectividad relativa, además de la movilidad o el éxodo de los propios escritores migrantes que desde el exterior publican, circulan y son accesibles a legitimaciones desde la academia y desde el mercado internacional, ¿se puede aspirar a ser leído residiendo en el país, ser publicado en editoriales extranjeras o es necesario salir de él para hacerse de un nombre como figura pública y poner a circular su obra de un modo efectivo entre las

literaturas del mundo?, ¿se puede, paralelamente, despenalizar los modos de circular y escribir de quienes residen fuera?

¿Puede negarse que el alcance modesto de nuestras editoriales raras veces ha logrado hacer visible la producción boliviana fuera del país? ¿Se puede ignorar la serie de obstáculos para traer publicaciones del exterior y, gracias a estas, ser lectores medianamente actualizados (estoy pensando en la ficción, la crítica y la teoría; no en la omnipresente bibliografía de sociología, antropología o política producida para las regiones subalternas)? ¿Basta con aceptar nuestra «situación periférica» y resignarnos a pequeñas porciones de singularidad diferencial, a grandes épicas proyectadas sobre nosotros que se traducen, por ejemplo, en lo que se espera de un país malamente considerado como meramente andino? Si Beatriz Sarlo reclamaba el derecho a la ficción para las producciones culturales argentinas (y latinoamericanas), ¿podemos, por ejemplo, escribir una buena novela policial sin aludir a los idiomas nativos, a la minería, a la resistencia ancestral o a otros asuntos pretendidamente definitorios y emblemáticos de las identidades locales?

Entre los/las escritores/as–migrantes–académicos/as que actualmente circulan por los centros culturales del hemisferio norte, los bolivianos no son una excepción y es un hecho que han logrado obtener premios, contratar agentes, acceder a los mecanismos de promoción, ver sus obras publicadas bajo sellos editoriales relevantes y ser considerados en los medios de legitimación. También lo ha logrado alguno de los residentes en el país, pero en una escala claramente menor y mucho menos redituable. ¿Es azaroso que, al carecer de marco de interpretación asociado a la literatura que lleva el rótulo de Bolivia de parte de los editores, periodistas, críticos y del propio público, se espere de los escritores que se nutran y apropien de las lógicas occidentales de lo literario, tanto como beban de los imaginarios locales y se comprometan literariamente con estos? Festivales, antologías, mesas de encuentro siempre alrededor de siete u ocho nombres redundantes, ¿bastan para pensar que el mundo ya sabe de nosotros y que circulamos globalmente? ¿Se

puede negar o desconocer la paradoja de producir en un país cuyas editoriales serían calificadas todas como independientes (por su carácter personal, por su capacidad y sus canales y por su alcance) en un contexto sociocultural cuyos índices de lectura no llegan al libro anual; la profesionalización es escasa entre los propios escritores (todos viven de otra ocupación) y donde los lectores (inmersos en una economía que contrabandea y/o piratea todo), no podrían jamás constituir la parte contractual mínima que requiere un mercado editorial?

En esta ocasión se ha seleccionado cuatro relatos de los invitados a este diálogo: Magela Baudoin, Oswaldo Calatayud, Gabriel Mamani Magne y Claudia Peña Claros. Cuatro puntos cardinales que más que representar tendencias hacen hablar sus des-localizaciones. Sin acordarlo, sus escrituras apuntan a la pérdida del lenguaje o la coherencia en medio del delirio o la enfermedad o la sexualidad y al diálogo con lo otro, más como anhelo que como un intercambio efectivo. Elegí a propósito narraciones muy diferentes entre sí y que oscilan entre la forma clásica del cuento y el registro más desordenado y experimental.

Si algunos escritores llevan su «país en la computadora portátil» (Mauricio Murillo), en la «memoria» o en la reconstruida «patria de la infancia» (Rodrigo Urquiola, Magela Baudoin), Bolivia sigue flotando entre su certeza y su misterio para ojos ajenos pues, como afirma el narrador de la novela *Seúl–Sao Paulo* de Gabriel Mamani Magne: «la falta de Bolivia es no dejar de ser Bolivia». Vladimir Jankélevitch dijo que «el mal del que se va es la nostalgia y el del que regresa, la desilusión», ¿es la resignación a la microescala idealizada, la del que se queda?

MÓNICA VELÁSQUEZ GUZMÁN

BLACKOUT

•

MAGELA BAUDOIN

A Cinzia

Lejos de la violencia del gemido y la luz
llévame al sitio donde nacen los hijos
MÓNICA VELÁSQUEZ GUZMÁN

Este cuento comienza con un viaje, que podría describirse como el adiós a la casa-padre-patria y otras tantas cosas. Pero no voy a hablar de ello sino del hombre que me acompañó aquella noche porque ha muerto hace unos días, según me he enterado casualmente. Yo tendría unos veinte y pocos y acababa de casarme. Él me doblaba la edad, quizás mucho más, pues era amigo de mi padre. Lo había conocido en un almuerzo familiar hacía poco y lo encontraba en la fila de ingreso a la sala de preembarque internacional. Me saludó a lo lejos, preguntando mi destino, que resultó ser el mismo para ambos: diré México. Aunque el lugar no importa sino el hecho de que dejaba mi país para ir a vivir en el de mi marido.

Hay que imaginar entonces el aeropuerto, los trámites de migración, el bullicio y finalmente la espera: que a qué te dedicas, que si de verdad estás casada, ¿hijos?, ¿perros?, ¿libros? y quién sabe

qué otras preguntas retóricas más, mientras nos daba la hora de embarcar. Entramos al avión. Recuerdo que me senté atrás, feliz de ocupar una fila plena para dormir, porque el vuelo iba holgado de gente. Él, por su parte, se quedó en primera. Me llamó la atención que fuera en primera pues tenía idea de que enseñaba en una universidad pública, igual que papá. Pero es verdad que se veía mucho más joven y cosmopolita que mi padre. Mucho más preocupado de sí. Tal vez era el pelo largo y cuidado lo que me daba esa impresión o las manos huesudas y expresivas o el saco de terciopelo, sí de terciopelo, no de pana. No lo pensé mucho tampoco. La azafata hizo sus amagues instructivos, hora y media de ronroneo suave bajo los pies, mis tres sitios, la mantita, la almohada, y, de repente, una honda caída, sacudones violentos y los gritos aterrados de la gente. Me senté, me aferré a mi sitio cerrando los ojos, diciéndome que no pasaba nada, aunque las lágrimas se me salían enormes y descontroladas. Llovía torrencialmente con rayos y truenos naciendo en nuestras espaldas y, ahora que lo pienso, el capitán pasó sin decir una palabra durante los largos minutos que duró aquel azote.

Atenuado el temporal, todavía lloviendo con disciplina, un silencio introspectivo se hizo de la nave. Yo pensé en mi marido (me suena tan raro decir hoy «mi marido»), en lo que hubiera sido morirme y dejarlo en ese momento. Mi amigo, en realidad el de mi padre, apareció de pronto para invitarme a primera. Fui con él. Me senté a su lado. Él pidió dos vasos con whisky y yo, que por esos días ya bebía, lo agradecí en silencio. Enfilé el primer sorbo, amargo y ronco, como si fuera agua y, de ahí en más, me invadió una placidez melancólica y una sordera persistente que no sabía si atribuir al alcohol o a la presurización del avión. Él era un bebedor habitual, me lo dijo. Tenía problemas con el alcohol y con su mujer. Su modo seco y retraído cedió paso a un afilado sarcasmo y a una lengua bífida que se encontraba con la mía. Filósofo o profesor de literatura, francamente no recuerdo, comenzó a interrogarme acerca del miedo a la muerte y de la existencia de Dios, animado por el fervor de aquella noche en que, literalmente, todavía no estábamos muertos.

Me dirigía pues preguntas trascendentales, impostadas, que yo iba respondiendo con provocaciones; era la única forma, lo acepto, de enfrentarme a su tonito irónico, sin evidenciar, o quién sabe si evidenciando del todo, mi ignorancia.

En algún punto de la noche, me preguntó si pensaba tener hijos. Le dije que no quería reproducirme. Él tenía un hijo adicto. Un hijo que a su vez se había reproducido, que se chutaba y que le había robado muchas veces para drogarse. Un hijo que debía tener mi edad y que seguro le dejaría a su hijo. Ni muerta voy a tener hijos, pensé. Se hizo un silencio breve, que él deshizo contándome de su perra, de más de catorce años. Tienes que multiplicar catorce por siete para calcular su edad humana, dijo. Sonréí porque eso todo el mundo lo sabe. Era una perra de unos 98 años humanos, que había adoptado a un gato recién nacido. Le regalaron un gatito a mi mujer y se lo pusimos en el hocico, dijo. La perra lo olió, lo lamió y el gatito no se desprendió más. La seguía por todas partes. Un día descubrimos que la perra tenía las tetas hinchadas de leche. Amamantaba a esa edad anciana, ¿te imaginas? La veterinaria dijo que las mujeres también tienen esa hormona que genera leche y la capacidad de ser madres sin haber parido.

Yo también tengo una gata. Me persigue por toda la casa, desde que estamos las dos solas en el departamento y solo se escucha el sonido de las cosas. Ya nada es tan reciente y, sin embargo, lo sigue pareciendo. Todavía me pasa a veces que camino de puntillas sobre el machimbre para que no se oigan mis pasos y pueda asustar a mi marido mientras él está trabajando. Solo que ya no está. Hay cosas que ya no podemos hacer más: como hablar sobre el hijo que él quería hacerme. Vení, voy a «hacerte» un hijo. Me gusta la sensualidad dominante del verbo en esa frase, pero nunca lo admití. Más bien lo peleé mucho por el machismo que hay en él. Pero qué te crees vos para hacerme nada, le decía. Un hijo, pensé por tanto tiempo, iba a ser un nexo definitivo, tan definitivo que podía atarnos irremediablemente. Es decir, para siempre, más allá del tiempo y de la voluntad de ambos. Si alguna vez esto acaba, le decía, cada uno se

va por una calle diferente, nos decimos chau y listo. Él se reía, pero también se frustraba con mi razonamiento. Ni siquiera se trataba de una consideración ética o ecológica fundamental. No tenía que ver con el mundo que iba a tocarle al niño. Pensaba yo que un hijo me iba a atar a él o a cualquier hombre, más allá de lo que yo misma quisiera o pudiera manejar. El tiempo puede variar el modo en que percibimos los objetos que siempre han estado en el mismo lugar. Por ejemplo, la luz entra por el escritorio y lo calienta agradablemente cada tarde, mas la gata ya no pasea por ahí ni tampoco ha vuelto a dormir al pie de la pantalla de la computadora.

Nos contamos historias aquella noche de tormenta, como la de la perra. Yo hablé sobre un clown, que conocí en Sucre. Ah, un payaso, me dijo el amigo de mi padre. No, un actor clown, que es algo parecido pero un poco distinto. Trabajaba por muchas horas con un monociclo, cayendo y pedaleando. Sin embargo, no era el monociclo su cabezonería principal, sino esta otra cosa laboriosa, de más adentro: adornar las pelucas que iba a ponerse porque tenía la cabeza calva, pintarse las uñas de los pies sumiendo para adentro el gran torso de ballena, borrar las marcas del vitiligo de la cara y, sobre todo, coserse unas ropas sueltas de señora; batas de flores o de rayas o de lunares amarillos que agarraba por las puntas y se inflaban como las velas de un barco, cuando por fin echaba a andar el monociclo y surcaba la cuadra entera, llena de niños y de carcajadas. Se convertía en una señora muy chistosa. Ahí, en las afueras de Sucre, en Yotala, estaba aprendiendo un método que consistía en sacar de su interior a su auténtico personaje cómico. A su clown, que era también muy triste. Y para hallarlo, había elegido el monociclo, a pesar de que conseguir uno era más caro y más difícil de montar que una bicicleta. No sabía nadar ni tampoco andar en bicicleta, así que le daba igual si una o dos ruedas. Y el monociclo tenía una ventaja dramática: era como abrazar el fracaso. Poner el pie derecho en un pedal, el sillín entre las piernas y saltar. Saltar y encaramarse en la caída. Uno, dos, tres y las rodillas rotas. Uno, dos, tres y el sueño efímero del equilibrio y de la vida. Hay gente que sufre el fracaso y otra que se dedica a

vivirlo. Entonces no se ocupa de lo que pasó o de lo que puede pasar sino de lo que está pasando. Como una suricata, dijo él riéndose. Sí, como una suricata, respondí, que se para sobre su cola o sobre el monociclo y mira totalmente a lo que reclama su atención. Los ojos vivos, sociables, comunicativos. Los ojos que se clavan donde apunta la nariz y que son incapaces de mirar de reojo, aunque se caigan del monociclo. Y se saquen la mugre y se haga el ridículo.

Nunca le conté a mi marido sobre el amigo de mi padre. Nada sobre la resaca, nada sobre un librito de Heródoto que me leía no sé bien con qué motivo, nada sobre el deseo ni sobre el bucle sordo en mis oídos. Cuando estábamos descendiendo y el avión se preparaba para aterrizar, dije por fin que escuchaba muy mal desde hacía horas. Se me escapó la confesión como un gag de cine mudo, en medio de la borrachera, haciéndole señas con la mano cerca del oído. Nada, no escucho nada. No te sientas mal, dijo, soy sordo de esta oreja, y se señaló la izquierda, que estaba a mi lado. La otra, la derecha, también estaba tapada. En cuyo caso, todo lo dicho era pura invención e importaba poco pues la azafata ya anunciaba el aterrizaje. Así que pusimos los asientos en posición vertical y cuando el avión daba su carrera final, me besó. En realidad, primero dijo: voy a besarte. Cursi y tembloroso, lo hizo, con un beso rotundo y bien hecho de viejo navegante, que fue a mí a la que dejó temblando. Luego me pidió mi número y se lo escribí en la mano. Pero días después me di cuenta de que nunca le di el mío, sino el de la casa de mi padre. Esa confusión fue como decirle a mi inconsciente, por si le quedaban dudas, que ya, que me había ido de casa y que no regresaría, ni siquiera cuando lo necesitara.

Mi padre había sido el perfecto amante-padre. No el padre amoroso sino el amante que se convierte en padre. Nosotras éramos el lado «b» de su vida, la casa donde no se pasaba la Navidad, sino los días después. Era la casa de la comida servida, de la espera eterna. Su apellido llegó cuando yo ya sabía escribir, porque tuve que aprenderlo, y mi madre hizo un festejo para celebrarlo: él, ella y yo. Siempre los tres. Siempre en secreto. Aunque con los años comen-

zó a quedarse más noches y después más fines de semana. Nunca nos faltó nada, hay que decirlo. Ese quizás fue el problema. De qué puede una quejarse, decía mi madre. El mundo no era ideal, pero era bastante cómodo para ella, para las dos. Y yo, sencillamente, estaba ahí: bien peinada con las moñas estiradas, bien sentada, bien callada. Cuando se mudó a nuestra casa, que en realidad era «su» casa, para mí era imposible quedarme ahí. Pero irme me llevaría todavía unos años.

El tiempo es el meollo de este relato, como puede verse. Aquella noche del avión todo fue tan rápido que no tuvimos tiempo de despedirnos. Sacamos las maletas y a la salida ya nos esperaban: mi marido y, tal vez, la esposa. Nunca lo sabré porque no me di vuelta para mirar. Era de noche muy tarde o muy temprano de madrugada. Ojeras, barba crecida, polera de algodón, abrigo largo. Abracé el cuerpo flaco de mi marido, debajo del abrigo. Como no tenía cinturón y el jean le estaba flojo, corrí las manos hasta las nalgas. Él metió las suyas en sus bolsillos, me empujó hacia su cuerpo con el abrigo y me dijo muy cerca en el oído que esperaba que hubiera dormido en el vuelo porque no me iba a dejar hacerlo, también pudo haber dicho «no tienes sueño, ¿verdad?» o, sin eufemismos, que llegando a casa me iba a coger. Por supuesto, no nos dormimos sino hasta después de unas cuatro horas. La cama no había hecho ruido porque el colchón estaba en el piso, pero sí nosotros. Acostumbrada a cuando lo hacíamos en la casa de mi padre, yo me mordí el antebrazo para taparme la boca y no despertar a los vecinos, pero él me la descubrió. Deja, no importa, dijo mientras me masturbaba con el dedo, al mismo tiempo que yo me movía sobre él, a un ritmo que primero era el mío, pero que después de venirme tres veces se transformaba en el suyo, más rápido y más violento. De ahí, me besó largamente. Tienes sabor a alcohol, dijo. Whisky, reí. Se dio vuelta, encendió un porro y me lo puso en la boca para que fumara. Es bien cliché esta escena, le dije. Volvamos a repetirla entonces, dijo mi marido, la tengo dura, pero esta vez quiero por atrás. Está bien, concedí. Entró lentamente y yo pensé que me rompía. Me agarró las tetas, apretó los pezones.

Después sentí que el corazón no me latía en el pecho sino en la garganta y que me iba a morir. La tercera vez fue después de que nos duchamos. Él estaba echado boca arriba, fumando un cigarrillo y yo me acerqué y se la chupé. Ahora me toca a mí, dijo. Así que me lamió, me chupó, me raspó con la barba e introdujo la lengua hasta que me vine de nuevo y ya era de día.

Por entonces no teníamos animales. La gata comenzó a aparecer años después, cuando ganamos algo de estabilidad económica y nos compramos este departamento porque tenía balcón y era en un segundo piso, en un edificio chico. A mi marido le gustaban los grandes árboles de las veredas y la jardinería de la plaza. En medio de la ciudad, adoraba construir pequeños universos verdes. El balcón se convirtió en una selva, repleta de macetas. Pusimos hojas de distintos tonos de verde, grandes, medianas y pequeñas. La costilla de Adán, la planta del dólar, la pata de elefante, la esparraguera, el aloe, los helechos, la albahaca. Plantas ornamentales y también de cocina. La gata aparecía con su cuerpo atlético, su pelaje tupido y pardo y sus ojos amarillos. Saltaba de una maceta al sillón de mimbre y ahí retozaba. Mi marido le dejaba agua y comida. La invitó a vivir con nosotros. La gata lo seguía: lo acompañaba como si trabajase a su lado en el escritorio, dormía sobre sus piernas a la hora de la siesta o se tumbaba lánguida en el balcón, balanceando su cola. A mi marido no le daba flojera criar. Una noche en el balcón me contó que cuando había cumplido quince años había perdido la virginidad con la muchacha de servicio que trabajaba en su casa y que iba a limpiar dos veces por semana. Lin se llamaba, y lo había embestido en el balcón, precisamente, lo había besado, le había bajado la bragueta y lo había desvirgado. También lo había hecho con su hermano y con su primo. Mi hermano me contaba y a mí se me caían los mocos. Qué depresión, sonrió, moviendo la cabeza. Dime como te lo hacía, le dije despacito y le abrí la bragueta.

Cuando murió, mi marido tendría la misma edad que el amigo de mi padre en la época en que lo conocí. Fue un día cualquiera, en medio de una semana rutinaria, hace no tan poco. Las muelas

del juicio venían molestándole y causándole pequeñas infecciones, así que me dijo que iría al dentista. Esa mañana, como nunca, no desayunamos en la pequeña mesa de la cocina. Le dolía tanto que no pusimos pan en la tostadora ni café a pasar. Yo cogí una manzana y la eché en la cartera y llené el termo con agua de la pila. Él abrió una lata de atún y la vació en el plato de la gata. No podía siquiera con el cepillo de dientes. Pensé al principio que había algo de hipocondría, pero en la revisión, el odontólogo le propuso sacarlas en ese momento con anestesia local y sedación. Sería algo rápido ya que las raíces estaban casi expuestas, las encías inflamadas y blandas. Por eso, ni siquiera me avisó. Se apoltronó en el sillón hidráulico y abrió la boca. Nada parecía fuera de lo normal, pero a la media hora de la intervención mi marido levantó y agitó las manos, eso me dijeron. Los especialistas leyeron el movimiento como un dolor intraoperatorio y le doblaron la anestesia, produciendo una pequeña bradicardia que nadie supo interpretar; solo la enfermera instrumentista se percató minutos más tarde de la palidez cutánea y de la coloración oscura de la sangre. No hubo alarmas ni instrumentos sonando, el corazón dejó de latir sin más. Cuando me avisaron, corrí a buscarlo y me encontré con un cuerpo pesado y vacío de vida. Eso recuerdo y no muchas cosas más. Blackout es una amnesia que afecta cualquier cosa que haya ocurrido bajo una intoxicación alcohólica. Son los libros del escritorio revueltos. Las botellas vacías. Los varios lentes de la presbicia en la mesa de noche, en el auto, en el bolsillo de un saco. La sirena de la ambulancia. Los maullidos de hambre de la gata. La voz en los mensajes del celular.

Una amiga me llevó adonde una masajista ciega, que trabaja en Xochimilco; es una huesera milagrosa, dijo. La casa era una caja azul de paredes leves y rejas en las ventanas, que parecían más pesadas y sólidas que la propia estructura. En el cuarto no había otra cosa que una camilla negra y escuálida y el olor a eucalipto que hervía en una hornalla. La mujer me destrenzó la espalda; con cada músculo que tocaba, desataba un aguacero, pero no pude llorar. No quise hacerlo porque me avergonzaba mi vida, mi ropa, mis zapatos, mi cuerpo

sano, frente a aquella austeridad absoluta. Ella no me podía ver y yo no podía mirarla a los ojos. Sus ojos sin pupilas eran dos círculos grises y opacos, sin profundidad. Salimos de ahí y mi amiga me llevó al parque, alquilamos un paseo en trajinera por los canales. Los mariachis tocaban para los turistas. Como los caballos cocheros que conocen el camino de memoria, la barcaza se dirigió por el agua densa a la isla de las muñecas. En la chinampa comenzaron a aparecer las cabezas de las muñecas rotas, sin pelo, tuertas, desmembradas, sucias. Bebés zombies colgados de alambres, incrustados en las estacas, crucificados en los troncos de los árboles. En el flanco derecho, casi rosándonos, una testa colgaba sin cuerpo, el cabello plateado y mal recortado, tal vez por una niña en un juego pretérito, los mismos ojos ciegos de la mujer, dos iris plenos, trágicos y siniestros.

En la noche, me di un baño antes de irme a dormir. Ordené por primera vez en semanas la habitación. Retiré los vasos y los platos acumulados, puse sábanas limpias y me metí desnuda en la cama. En la oscuridad, toqué mi propio cuerpo, reconociendo un territorio habituado a ser tocado por otras manos. Primero los huesos que asomaban bajo la piel, los tobillos, las caderas, las costillas, los codos. Bajé por mi cuello, la clavícula, los pezones, el ombligo. Me masturbé enfurecidamente hasta que, mojada de traspiración, se me acalabró la pierna derecha. La pantorrilla me atenazaba de dolor, comencé a masajearme, pero apenas dejaba de hacerlo el músculo volvía a agarrotarse. Me levanté de la cama y llegué cojeando hasta el baño. Abrí el agua caliente y me metí para aliviarme. Bajo la ducha cerré al fin los ojos y vi los de la muñeca ciega, la nube que velaba su mirada me arrodilló y con el agua despeñándose por mi espalda lloré. Sobria y hasta ahogarme en mis sollozos. Quise por primera vez en la vida a mi madre, que me desenredara el cabello, que lo partiera a la mitad y me pusiera las coletas. Que me abrazara para poder vaciarme en ella, en su territorio, en mi patria.

Los meses han pasado y recién hace unos días entré nuevamente a las redes sociales. Ahí me encontré con los mensajes de pésame que la gente me había dado y con las condolencias que le ofrecían

a los familiares del amigo de mi padre. Es extraño, a lo largo de los años, tuve oportunidad de asistir a varias conferencias tuyas, de verlo, pero siempre me dije que mejor la próxima, como si la inmortalidad me perteneciera, pero en realidad porque no me importaba tanto. Ahora es de noche, la gata se me encima y tengo los senos cargados, duros como una roca, chorreándome la camisa. Pienso en aquel vuelo, en que me he convertido en una perra vieja y en la velocidad del viento. También en cuánto puede modificarte una palabra: «hacer», «hacer-te», «hacer-me» un hijo. Camino por las calles y la luz tamizada entre las ramas me detiene en cada nombre: tepozán, ahuehuete, fresno, maguey de pulque, cedro blanco, ahujote, eucalipto azul. Es verdad que hay árboles que parecen caballos y relinchan sobre la niebla. Eso lo dice un poeta, pero yo puedo sentirlos en el esternón. Cierro los ojos y quiero pedaleo hasta que me ardan las piernas y que mis vestidos se inflamen como las velas de un barco. Cierro los ojos y cuento: uno, dos, tres, las rodillas rotas. Uno, dos y tres, la ilusión efímera del equilibrio y del tiempo.

EL CUARTO

CUENTO INANIMADO

•
OSWALDO CALATAYUD CRIALES

Mi miedo a la muerte estriba en que escribo...

De pronto el cuarto, inoloro, inodoro y luciérnago, como el zenit de un vesubio.

Eso o el sótano oscuro, ófrico, lóbrego y bajo tierra, como una antecámara de la muerte, amén del pandemónium.

¡Qué más! Si vómitos, tos, fiebre, anginas, mareo... reo del propio cuerpo y su carga viral, preso del propio cuarto y su carga verbal.

Con tal de que basten los libros de cabecera y el papel higiénico, o más bien los libros higiénicos y el papel de cabecera, suficientes para un cuarecuento a cuenta de cuarentena, sin pluscuamperfectos ni más:

¡Arlés!

•

Noche cero, día uno y solo vasos comunicantes llenos de agua, anís y blíster.

Encierro total, con ventanas sin cortinas y machihembra encinta,

henchido a la manera de un cuarto menguante, de cuadro tangente y perspectiva quebrada, más fugas por doquier, en retaguardia.

¡Lights off, eyes on!: Entretecho cósmico y cielo falso sin estrellas, más el umbral de la puerta, murciélago cabizbajo y el dintel apenas dibujado al ras de un horizonte que tal vez, de un ocaso que jamás.

Baño compartido con la ausencia.

Luego la cama, el cubrecama y el bunker fantasmal. Una arboleda de sueños, de mal sueño, también.

¡Crepúsculo!

•

Noche cero, día siguiente.

Dimensión profana de cuatro paredes enquistadas en el universo, con el sol rebanado por las persianas, y un mínimo tragaluz a los pies de la puerta, por donde la encomienda en papel dinero, en epístolas salvajes a mi lector enfermo, a mi lectora amante.

Todo lo demás: el vaivén de un eclipse corporal de brocha gorda: «... Los muros lila pálido, el suelo de un escarlata gastado, las sillas y la cama amarillo de cromo, las almohadas y la sábana verde limón, la manta roja sangre, la mesa de aseo anaranjada, la palangana azul. Nada más en esta habitación de contraventanas cerradas, semiabiertas, o semicerradas».

¡Van Gogh!

Y el cuerpo sepultado delante del lienzo, apalabrado de colores, de simples matices a expensas del póster del rockstar, del calendario anacrónico o de la velada foto. Agudeza en los ojos a pesar del paladar sinsaboro y la nariz inaroma. Raudos escalofríos, más el tacto contraído en la gama fluorescente de la tristeza...

¡Inverbo!

•

Día mismo, noche pasada.

Dormidera crepuscular con la luz de luna en el lienzo occipital
¿Acaso un espejo in fraganti de la virulenta realidad del cuadro mé-
dico o del cuadro pintor? Ambos sin sombras ni reflejos, más que el
delineado de una ausencia boreal, cohabitante del cuarto vacío, con
el cuerpo invisibilizado por la perspectiva cerrada de aquel único
orificio y su esgrima postal.

Interminable noche, esperpéntico letargo infantil a semejanza del
tiempo. Maldita hora sin segundero y alarma de bip, water resist y
romanos, luz incandescente y manilla regulable. Tuesday. Cronóme-
tro 00.00.00 para el espacio sin tiempo.

Bicho migraña, telarañas, años luz.

¡Zenit!

•

Día sin calendario a expensas del lucero.

Después del ser, solo enseres: jarra transparente aguadentro
con ojales en prisma y base cóncava; tazón gris y orinal para la
purga, las incontinencias o el exterminio; velador nocturno lleno
de entierros sin nombre, más las sillas, los recuadros y las toallas de
par en par. Y punto.

¡Después la nada! Al lado, una vez más, el baño compartido con
la miseria humana de un lector ninguno.

A través de la lámpara austral de seda cristalina, una paleta de
colores mariposa —que no verano—, más mi espectro rutilante
sin pernocte, agazapado por sus propios miedos y las ansias de
escritura, aunque a brochazos indomables en medio de la cólera
claustrofóbica.

Eso, o la lectura de un diccionario escolar azzurri, de bolsillo, sin numeración y miles de palabras alfabéticamente caóticas.

¡Literal!

•

Noche cero, ya del cuarto.

Menguante en las cortinas y de repente un quinto infierno tornasolado por el brillo de un estilete sin filo ni punta, en sí un lápiz de carboncillo que yace en el papel sábana, en el papel lienzo de un recetario poluto.

De superficie lisa, expedito a los ojos y manos de un lector indecomiso, a cuya sola ausencia el matiz del contagio. Erratas, falsas ortografías y demás lenguaje científico: isobutilfenil propiónico.

Drogadictivo, cada seis horas, cada ocho, cada noche y trasnoche, más la locura del encierro.

Y a trasmano del mundo, a trasmundo de la mano, un yermo de escrituras exiliadas en las hojas del diccionario en pleno descompaginado, o, si cabe, en las páginas del diario en notorio deshoje, listas para los rituales del esfínter.

Mientras el baño, el ficticio cuarto de baño, a trastienda, con canaleta saliente y cloro, más la plomería nupcial del desagüe.

¡Muerte potable!

•

No sé cuántos ¿Siete, catorce, veintiuno?

Sin conteo, *viene a cuento* esto de los días calcados, las madrugadas en cero, las noches en celo y los lectores en velo.

Deshabitado, solo palabras al óleo y demás escarmientos, entuer-tos y vahos.

La voz ronca del averno propio, subsidiaria e incapaz. Solamente la mente y un entierro prematuro, allá, lejos de la muerte, en los intestinos de un vientre ajeno, en los intervalos del tiempo oval.

Tal vez debajo de la cama, detrás de la cabecera o ahorcado por las fundas del almohadón.

Mensaje de texto: Q ondas, ya mejor? XD... más mensajes y ninguna ópera del silencio... Low battery and ¡Offfffff!

De vuelta al diccionario de palabras escasas, de escamas, escaras, arcadas y repertorio sin aldehído, **acinetobacter**, biguanido, coronavirus, deltoide, **estafilococo**, forunculosis y demás etcéteras.

¡Zoom!

•

Cuenta regresiva, contraocazos...

El duelo infinitesimal de un espacio baldío, descuartizado, sin uno de sus polos.

Colores invertidos, formas desiguales, y la microcósmica rutina, ruda y ruin.

La escarapela nocturna. Imposible solo. Improbable acompañado. Telepático y sin palabras, lectofóbico y con pinceles.

Agujero y enfermerio, nido de muertes. Alectoría. Naipes para los juegos del contagio en la baraja epistolar llena de recetas, recados, pictogramas, corazones y espadas.

¡Fómites!

•

De repente, alborada surreal...

El ciclo de las cosas y el caos, con los muebles en plena galaxia,

insignificantes. Y un orden plural sin reglas, fuera de los márgenes. Allá, al otro lado de la puerta, detrás de la página y el cubilete, donde tú. Acá, incólume perchero / caballete, de sombrero alado, barba crayona, oreja partida cuando yo.

En medio la inconsciencia de alguien que ninguno, la desnuda sustancia inanimada, objeto cualquiera, lugar erróneo e intestinal. Muda de ropa, retazos de papel, picaportes... haches mudas, tripton-gos, diéresis, tildoides y erres.

¡Vectores pasivos!

•

Fomes. Materia inerte de palabras porosas, deletreo del vocabulario que no, del silencio patógeno, apócope y agente de la muerte.

Verso libre, prosa crónica, sustancias nutricias de la enfermedad, portadores del sinsentido, de la plaga y del plagio. Testimonio o testamento. Lectocidio.

Yacientes palabras parásitas, invasivas y evasivas. Diccionario necrotizante, enciclopedia del olvido, atlas del silencio, estado de coma.

¡Bastardillas!

•

Sangrado viral,
sangría verbal.

Lorem ipsum dolor sit amet, embrión, lepra, sinapsis, consectetur adipiscing elit absceso, cerebelo, médico, virus, , sed do eiusmod tempor incididunt ut labore et dolore magna aliqua, alcohol, ut enim ad minim veniam, jarabe, nuca, , quis nostrud exercitation ullamco laboris, bisturí, nisi ut aliquip ex ea commodo consequat, pipeta, viable, sed ut perspiciatis unde omnis

iste natus error, nistatina, prión, sit voluptatem accusantium, oloremque laudantium, éster, kernícterus, totam rem aperiam, vaselina, eaque ipsa, belladona, escopolamina, pelagra, petequia, escorbuto, esprue, quae ab illo inventore, albino, espundia, sarpullidocurare, guanina, ipecacuana, agar, beriberi, bezoar, bland diet, bucca, mejilla carbon, choke feculento, gasa, retortijón, cuidados paliativos, herida, lesión o traumatismo lascivia o lujuria, philtrum, nasolabial, sanatorio, sulfuro, azufre, ventilator, nitrógeno, constipado, achaque, reúma, vacío, toxicomanía, ambulatorio, hipertonia, cerebrovascular, infecciosa o hereditaria, paracentesis, progenie, angustia, cervello, disturbo, hospitalario, tinte o mosca vironera, bacteremia. Raro calvarium, bóveda craneal, camisa de fuerza, carbón, pústula maligna o carbunco, fármaco, insuficiencia fecal, semivida o hemivida, azar, daño, obstetricia, prodroga, ¡Pharmakon! ¡Y punto!

[¡Fatal error!] [Foto Faltante k39-fnue-1hn/fg9snowhtrokj/skru.e] [el_cuarto_de_van_gogh]

[¡Fatal error!] [Foto Faltante k39-fnue-1hn/fg9snowhtrokj/skru.e] [el_cuarto_de_van_gogh]

[¡Fatal error!] [Foto Faltante k39-fnue-1hn/fg9snowhtrokj/skru.e] [el_cuarto_de_van_gogh]

[¡Fatal error!] [Foto Faltante k39-fnue-1hn/fg9snowhtrokj/skru.e] [el_cuarto_de_van_gogh]

[¡Fatal error!] [Foto Faltante k39-fnue-1hn/fg9snowhtrokj/skru.e] [el_cuarto_de_van_gogh]

[¡Fatal error!] [Foto Faltante k39-fnue-1hn/fg9snowhtrokj/skru.e] [el_cuarto_de_van_gogh]

[¡Fatal error!] [Foto Faltante k39-fnue-1hn/fg9snowhtrokj/skru.e] [el_cuarto_de_van_gogh]

[¡Fatal error!] [Foto Faltante k39-fnue-1hn/fg9snowhtrokj/skru.e] [el_cuarto_de_van_gogh]

[¡Fatal error!] [Foto Faltante k39-fnue-1hn/fg9snowhtrokj/skru.e] [el_cuarto_de_van_gogh]

[¡Fatal error!] [Foto Faltante k39-fnue-1hn/fg9snowhtrokj/skru.e] [el_cuarto_de_van_gogh]

[¡Fatal error!] [Foto Faltante k39-fnue-1hn/fg9snowhtrokj/skru.e] [el_cuarto_de_van_gogh]

[¡Fatal error!] [Foto Faltante k39-fnue-1hn/fg9snowhtrokj/skru.e] [el_cuarto_de_van_gogh]

[¡Fatal error!] [Foto Faltante k39-fnue-1hn/fg9snowhtrokj/skru.e] [el_cuarto_de_van_gogh]

[¡Fatal error!] [Foto Faltante k39-fnue-1hn/fg9snowhtrokj/skru.e] [el_cuarto_de_van_gogh]

[¡Fatal error!] [Foto Faltante k39-fnue-1hn/fg9snowhtrokj/skru.e] [el_cuarto_de_van_gogh]

[¡Fatal error!] [Foto Faltante k39-fnue-1hn/fg9snowhtrokj/skru.e] [el_cuarto_de_van_gogh]

[¡Fatal error!] [Foto Faltante k39-fnue-1hn/fg9snowhtrokj/skru.e] [el_cuarto_de_van_gogh]

[¡Fatal error!] [Foto Faltante k39-fnue-1hn/fg9snowhtrokj/skru.e] [el_cuarto_de_van_gogh]

[¡Fatal error!] [Foto Faltante k39-fnue-1hn/fg9snowhtrokj/skru.e] [el_cuarto_de_van_gogh]

[¡Fatal error!] [Foto Faltante k39-fnue-1hn/fg9snowhtrokj/skru.e] [el_cuarto_de_van_gogh]

THE 1975

•

GABRIEL MAMANI MAGNE

Era como si todo lo que siempre había querido ser estuviera frente a él.

Solo que sin cabello.

Mario le dijo a Estrella que la envidiaba, que lo que acababa de lograr se merecía otra ronda de cervezas.

Ella sonrió avergonzada.

—No es para tanto.

—No es para tanto el precio de este trago —dijo él—. Pero lo que has conseguido se merece un premio. ¿Te han dado premio tus papás? Pucha, creo que les voy a prestar dinero para que te hagan un agasajo.

El mesero se acercó con un par de Cordilleras. En las pantallas pasaban la repetición de un partido de fútbol. La música, desde hacía varios minutos, rebotaba entre rock alternativo y hip hop de inicios de siglo. Estrella dijo que no había nacido cuando aparecieron esas canciones.

—Pero igual me gusta este bar.

—¿Por qué? ¿Porque es un bar de gringos?

—No —dijo Estrella, al momento que se acariciaba la cabeza rapada—. Me gusta porque aquí, una vez, he conocido a un francés que me ha dicho la cosa más linda del mundo.

—¿Ves? Es por los gringos. Te encantan. No creas que no me he dado cuenta.

—A ver. Callate un ratito. No he tenido nada con ese francés. O sea, él quería ligar conmigo, pero yo no quería nada. Pero me ha dicho el piropo más lindo del mundo.

—¿Cuál era? —preguntó Mario.

—Bueno, no necesariamente el más lindo, pero sí el más honesto. «Eres la boliviana más bella y más triste que he conocido». Me ha llegado al alma.

Para evitar los celos, Mario desvió el tema hacia lo académico, que era el motivo del encuentro. Estrella había conseguido un puesto de auxiliar de docencia en la universidad. Pudiera que para ella no fuera más que un paso lógico en la vida de una estudiante aplicada y extrovertida, pero para él era la bisagra que lo cambiaba todo: el momento de la vida universitaria en el que se abría una puerta a la que le sucedían muchas otras puertas. Cada una más brillante que la anterior.

—Todavía puedes ser auxiliar de docencia, ¿sabes? —dijo Estrella, que conocía la historia de Mario.

—Ya es tarde. Ya es ridículo. Tengo treinta y tres años.

—Si entras a los preuniversitarios este año, en dos años puedes ser auxiliar de lo que tú quieras. En cinco años obtienes tu título. A tus cuarenta vas a estar bien plantado.

—Tengo trabajo.

—Hay horarios flexibles en la universidad.

—Tengo una hija.

—Lo que vos tienes son excusas.

Era la sexta cita con ella, aunque para él parecía la trigésima octava. Los doce años de diferencia entre ambos se escurrían cada vez que empezaban a conversar, cada vez que caminaban por la Ecuador y él notaba que casi eran de la misma estatura, y solo reaparecían cuando se encerraban en algún alojamiento de la Linares y jugaban a que él era León y ella Mathilda.

—Te voy a decir Estri —dijo Mario para recuperar el buen humor—. Sé que no te gusta. Pero se oye bonito.

Estrella le acarició la barbilla.

—¿Sabes por qué no me gusta? Porque me hace pensar en estrías. Mal para vos. Vas a pensar en estrías y se te va a bajar.

—Le voy a decir a tu chico que te diga Estri, entonces —dijo Mario—. Eso lo va a alejar de ti. Así me vas a buscar más.

Se arrepintió de lo dicho y ella se dio cuenta. A ninguno de los dos le gustaba hablar de sus respectivas parejas.

Una risa perturbadora se oyó de pronto. Mario y ella miraron al costado: una mujer de rulos, en apariencia boliviana, reía con un tipo en apariencia extranjero. A Estrella le bastaron dos segundos para interpretar la situación.

—La chica es una brichera.

—¿Qué es brichera? —preguntó Mario.

—Una cazagringos. Cuando estaba en el CBA he conocido a muchas mujeres así. Iban a bares de extranjeros con la excusa de practicar su inglés, pero lo que en realidad querían era ligarse un gringuito. Mi amiga usa Tinder solo para ligar con extranjeros. Alucina con los suecos.

La situación tampoco le era desconocida a Mario, pero le encantaba preguntarle cosas y que ella se las explicara como si se trataran de inventos incomprensibles para treintones como él.

A ella también le gustaba que él le explicara el mundo, pero no el mundo presente, sino aquel previo a las redes sociales. Alucinaba cada vez que él le decía que hubo una época en la que Mario, para escuchar su canción favorita, debía comprar un CD o estar atento a la radio. También, por supuesto, exageraba: el día que él la llevó a un bar en el que había una rockola, Estrella tomó varias fotos de la máquina y se las presentó al mundo virtual como si fueran parte de una investigación de arqueología musical. Todo era parte del juego. Conectaban a niveles afectivos con una facilidad asustadora. Y restregarse en la cara los años de diferencia era un modo de aceptar que lo suyo no tenía futuro, que a un reparador de computadoras de treinta y tres años y a una estudiante de Economía de veinte solo les quedaba el hoy, el intenso ahora.

La mujer de rulos y el gringo hablaban demasiado fuerte.

—Qué joder —dijo Mario—. El inglés de la mina es tan malo. Me hace recuerdo a mi primera esposa.

—¿A la que has abandonado sin decir nada?

Mario encendió un cigarrillo. Le ofreció otro a su acompañante; ella lo rechazó.

—No la he abandonado, te he dicho. Ya estábamos mal. No sentía que me quería. Solo agarré mis cosas y me fui de un lugar en el que no era bienvenido.

—Te has ido sin decir nada. La has dejado con millones de preguntas. Has dejado un cadáver emocional.

Hubo un momento de silencio incómodo, silencio acompañado de un rap de Eminem. Estrella lo tomó de la mano. Le preguntó si extrañaba su cabello. Él dijo que no. Ella le dijo que le convidara un pucho, algo que Mario interpretó como una tregua. Mientras fumaba, Estrella le acariciaba el estómago y él tenía que tomar aire para que el sobrepeso no se le notara tanto.

—Por la auxiliatura —dijo ella mientras alzaba el vaso.

—¡Cierto! —exclamó Estrella—. Porque soy auxiliar de docencia, carajo.

Se sumaban las botellas al momento que el deseo se apagaba. Era como un pacto tácito. Luego de la séptima botella, lo que les esperaba era una noche acurrucados en el motel. Los cuerpos escondidos debajo de las sábanas, escondidos al punto de no tener materialidad. Extinto el deseo, las compuertas de la ternura se abrían y ella se aferraba a su pecho y él lloraba por cosas por las que ya había llorado cien veces. Dejaban de ser carne, y Mario, aunque borracho, no lograba conciliar el sueño y solo podía pensar en hacer una vida con ella.

—¿Crees que, en algún bar, alguna vez, pongan nuestra canción? —preguntó Estrella mientras revisaba el celular.

Mario negó con la cabeza. Las canciones que ella le dedicaba eran tan desconocidas que solo podían ser escuchadas en la red.

—Por la auxiliatura —dijo él para no recordar la canción y sentir un nudo en la garganta. Levantó su vaso—. Qué orgullo me da, en serio.

—¡Por los seiscientos pesos al mes, carajo! —gritó ella.

—En mis tiempos era cuatrocientos.

—Morite: en la universidad de Cochabamba el sueldo de un auxiliar es de dos mil bolivianos.

—¿En serio pagan así en Cocha?

—Sí. Una amiga de allá me dijo que por eso es tan peleada la cosa. Hay mucha corrupción. Peor que aquí —explicó Estrella.

Él también lo había intentado, diez años atrás. Cursaba el segundo año de Informática y su perfil era el de un estudiante con futuro. Obtuvo el tercer puesto en el concurso de méritos para el puesto de auxiliar, y lo que se había presentado como un pasillo lleno de puertas doradas se convirtió en un pasadizo de esos que están debajo de las autopistas largas, un sendero oscuro y subterráneo por el que transitaban los hombres destinados a la mediocridad.

Dejó la universidad un par de semestres después. Consiguió trabajo en una tienda de computadoras. Aprendió lo básico acerca del mantenimiento de los aparatos. Ocho años más tarde, junto a su mejor amigo, abrió un pequeño negocio de reparación de laptops.

—Mirala a la mina —dijo Estrella—. Recontra quiere con el gringuito. Y, para ser honesta, el gringo no está tan mal. Muy jovencito para mis gustos. Pero tiene algo.

—Debe tener veinticinco como mínimo. Tú debes ser la jovencita para él.

Estrella puso las manos en los cachetes. Hizo el gesto exagerado de una niña.

—Deberíamos viajar.

—Qué flojera. —dijo Mario.

Estrella era una peregrina. Para su edad, había viajado más que él y mucha gente que conocía. Su aventura más importante había sido aquella estancia de seis meses en una reserva silvestre en el oriente, un año atrás. La marcó de por vida, al punto de que, de regreso a la ciudad, se prometió no volver a consumir carne.

Era vegetariana. Pero una vegetariana con licencias emotivas: se permitía comer salchichas cada vez que pasaba por momentos de ansiedad.

—Esto ni siquiera tiene carne —solía decir con la boca llena mientras Mario sonreía—. Está hecho de cartón, de llantas. Hasta de papel periódico. No sé.

La mujer de rulos y el gringo llegaron a un nuevo nivel: mientras ella le acariciaba un muslo, él le susurraba cosas al oído. El bar estaba repleto. El español ya no era el idioma más hablado.

—Mirá vos. Lo ha cazado.

—Ahora se lo va a llevar a un motel y mañana les va a presumir a sus amigas que solo coge con gringos —dijo Estrella.

—Igual que hacías tú —dijo Mario.

Un nuevo cigarro entre los dedos.

—Yo no presumía. Solo pasaba. Todo moría en la cama. Nadie más se enteraba.

—A mí me presumías tus conquistas.

—Era para que te fijaras en mí. Para que pensaras que sabía de la vida.

—Y por eso me traes a un bar de extran...

La luz se apagó de repente. Una voz, en portugués, lanzó una frase que hizo reír a la gente de la mesa del fondo. La encargada del lugar pidió que mantuvieran la calma, que por favor nadie saliera.

La oscuridad asustaba menos de lo esperado. Algunos iluminaron sus mesas con la linterna del celular. A Mario le impresionaron las llamas de los cigarros: soles diminutos y en movimiento en medio de la penumbra.

—Ya —dijo él—. Viajaremos.

—¿A dónde? —preguntó Estrella.

—A Japón. No, mejor a China.

—Los japoneses no me gustan porque son unos degenerados. China puede ser, pero dicen que ha aparecido un virus que está matando gente. Mejor vamos a la Antártida.

—En la Antártida no tengo parientes —dijo él. La luz seguía sin regresar—. Qué jodido lo de China. Dicen que es un virus que viene de un murciélago.

—Jodido. Más bien vivimos al otro lado del mundo.

—Más bien. Aquí nunca va a llegar.

—Vámonos a Australia.

—Ya. Pero sin cogerse a australianos en mi vista, ¿ok?

—Solo a uno, por favor.

—Solo a uno. Y que me preste su koala.

—¡Ya sé! —dijo Estrella, emocionada—. Así en serio, vamos a Tarata, en Cochabamba. Tengo una amiga que vive ahí con su chico. Nos puede dar casa, cama, todo. Dice que es bonito.

—Vamos en junio —aceptó Mario—. Cuando acabe tu semestre. ¿Qué opinas?

Se dieron un beso apasionado, de esos que se daban cada vez que entraban al cuarto del motel. Mario le acarició la nuca rapada. Ella le acarició la barba de dos días. El deseo renacía pese a las ocho botellas sobre la mesa, y Mario, que no quería tener un cuerpo, hizo todo por sofocarlo: recordó el día en que ese profesor dio el veredicto del concurso de méritos para el puesto de auxiliar. Mario y su novia de aquel entonces se tomaron de la mano. Pocas veces alguien le había apretado el puño con tanto ímpetu. Hizo lo mismo con Estrella: sujetó sus manos con fuerza, la suficiente para no lastimarla y para hacerle entender que él estaría siempre para ella.

—Creo que nuestro momento ha llegado —dijo Estrella.

Sacó el celular y puso la canción que se habían dedicado. Cantaron en voz alta. Una mujer, quizá la chica de rulos, los acompañó en el coro.

I don't want your body, but I hate to think about you with somebody else. Our love has gone cold. You're intertwining your soul with somebody else.

La luz volvió junto al riff de una canción de inicios de siglo. El extranjero y la muchacha de rulos ya no estaban.

—¿En serio vamos a viajar? —preguntó Estrella, feliz.

—Nada va a detenernos —respondió Mario.

LAS SANDALIAS

•

CLAUDIA PEÑA CLAROS

Un día, mi cuerpo olvidó cómo bajar de un auto. Un día mi cuerpo olvidó cómo proceder, cómo ejecutar la elegancia que se necesita para bajar de un auto. Ese cuerpo había sabido, desde que recuerdo, accionar las piernas, los músculos de la espalda, los brazos de forma ordenada. De una forma ordenada pero inconsciente, mi cuerpo sabía descender de un auto, pero un día se olvidó. Mi cuerpo se percató de la elegancia que se necesita para bajar de un auto solo el mismo día en que la perdió para siempre.

Ese día, cuando mi cuerpo ya no pudo ser elegante, el coche era el coche de mi amiga Zulema, con quien fuimos compañeras de colegio, pero ahora ella era jubilada del magisterio. Zulema me trajo a casa. Zulema se detuvo junto a la verja de mi casa, destrancó las cerraduras de su coche y yo abrí la puerta, pero ya no pude salir con elegancia. Primero saqué un pie y lo apoyé en el pavimento. Después apoyé una mano en la puerta. Con el pie y la mano apoyados, tensé los músculos de la rodilla y del brazo, pero no alcanzó. No alcanzó la fuerza, ni los músculos con su tensión para sacarme del coche de mi amiga. Apoyé la mano que me quedaba, quise sacar la otra pierna, que se me trabó en el tiro de alguna carterita y ahí estaba yo, toda brazos, toda piernas pero inútil. La inutilidad de no poder salir de un auto. ¿En qué momento dejó de ser suficiente?

Mi cuerpo había olvidado el preciso orden de los músculos que accionan y aflojan, que tensan aquí y sueltan allá. En ese preciso momento, empezó el esfuerzo. ¿Cómo me acomodo? ¿De dónde me agarro? ¿Están firmes mis pies? Presta atención, porque también puedo tropezarme. Nunca más descendí ordenadamente de un coche, desde aquel día en que mi cuerpo olvidó cómo hacerlo. Desde ese día, cuando llego a destino, la vergüenza me acecha, porque la gente se da cuenta, se da cuenta de mi torpeza, de mi dificultad, de que me lleva más tiempo hacer algo que ellos encuentran fácil y natural y me observan. Algunos impacientes, otros llenos de pena y misericordia. Otros sin nada, me miran sin nada porque soy alguien que ha perdido el interés.

Me llamo Eugenia. ¡Eugenia!, gritaba mi madre por la casa, con su voz de flauta. Nunca olvidaré esa voz. Mis amigas me llaman Mauge, porque en realidad me llamo María Eugenia. Ese es mi nombre completo. Una vez, Gerardo olvidó mi nombre y me dijo Adela. Adela. Nunca se lo perdoné. Gerardo, que en paz descanse.

Después vino el día del embotellamiento. No sé cuánto después, pero sí después. Estaba en medio del atasco en mi autito celeste. Esa vez, el autito celeste ya había salido del chaperío. Estaba flamante, como dijo el chaperero. Arreglamos todas las abolladuras, señora. Su auto quedó flamante, así me dijo, cuando lo fui a recoger.

Entonces yo quise ir al mercado, pero la avenida estaba repleta de movilidades. Luego entramos a la rotonda y fue ahí que se atascó todo. Los autos que torcían no hicieron caso al semáforo y cuando el semáforo cambió a nuestro favor, los autos que torcían quedaron varados en el carril equivocado, en el carril equivocado para ellos, que era el nuestro, el carril de quienes debíamos continuar en línea recta. Así que tampoco nosotros podíamos seguir en línea recta y empezaron los bocinazos, pero igual. Nada se movía. Nada podía moverse porque todos los espacios estaban ocupados por los motores iracundos de la gente acalorada, frustrada, enloquecida.

Es ahí cuando los pedales se vuelven importantes. Imprescindibles. Estratégicos. El freno, el embrague, el acelerador. Y la caja.

Sobre todo, la caja. Pones primera y avanzas lento, pero debes partir rápido, porque si no, te ganan el poco espacio que liberó el coche delante de ti. Después frenas. Presta atención. Después frenas. Piensas que se trata de máquinas, pero no es así. Es una guerra psicológica, en realidad. En una guerra psicológica, la mirada es el arma. Tu mirada. Mientras avanzas o amagas con avanzar, o al frenar, no mires a la persona que conduce el auto de tu lado. No mires a la persona que intenta cambiar de carril y entrar al tuyo, por tu delante, porque justo es ese carril, el tuyo, el que avanza un poco menos lento. No mirar a los ojos, pretendiendo que ignoras que están ahí. Basta un contacto de ojos para que la persona al mando de esa camioneta sepa que lo viste y que por lo tanto pueda meterse a tu carril. Y lo hará. Se meterá a tu carril: presta atención.

En el carril estaba yo, en medio del calor y de los escapes calientes de todos los motorizados trancados en la avenida, porque los autos que doblaban habían desobedecido el semáforo y habían quedado varados donde no correspondía detenerse. Ahí estaba, en el autito celeste que recién había hecho arreglar, que acababa de recoger del chaperero.

Fue entonces que calculé mal y choqué a la vagoneta de adelante. Mi autito celeste, con su parachoques de lata, chocó el parachoques reluciente de la vagoneta detenida delante de mí. ¿Cómo había sucedido? Qué sé yo. Algún segundo perdido antes de apretar el freno. Te dije que te apresuraras al partir, pero que de inmediato frenaras, porque en un embotellamiento las distancias son pequeñas, son una nada, una nada que siempre debes tener en cuenta. ¿Cómo había sucedido? Algún engrase faltante a los pedales. No sé. La sobra ínfima de un tramo que no debía haber recorrido. La falta de mantenimiento en el mecanismo de los pedales. No sé. No sé, qué quieres que te diga.

Pero después quise dar retro y no daba. No daba la palanca de la caja. La caja no entraba en retro. Hacía fuerza, yo. La forzaba, pero quedaba trancada. También me pasa, a veces solo a veces, que me pongo nerviosa, esa clase de nervios callados que te surgen cuando sientes que puedes hacer algo mal. Cuando me pongo nerviosa a

veces mi cuerpo hace cosas sin que yo las piense. O sea que en vez de dar retro, confundida, alterada, acalorada, avancé todavía un poco más, o quise hacerlo al menos, no sé por qué.

El autito celeste accionó los mecanismos que hacen que avance, o accioné los mecanismos yo, sin darme cuenta, de puro confundida, alterada, atascada. Entonces mi lata sonó a estrujada, contra el parachoques reluciente de la vagoneta delante de mí, por segunda vez ¿en cuánto?, ¿en dos, en un minuto? Y la dueña de esa vagoneta abrió la puerta del conductor, puso un pie fuera de la cabina, vi que era un pie sano en una sandalia fresca, una sandalia color hueso, con tiras finas, taco aguja, de hebilla delicada alrededor del tobillo fino también, y era una dueña que sabía, que podía, que todavía, que bajaba con elegancia de su vagoneta, una vagoneta por lo demás alta y reluciente, una máquina nueva, en suma. Esta señora abrió la puerta, puso un pie en el pavimento, apoyó un brazo delgado y extrajo el cuerpo, con qué elegancia, de la cabina de su movilidad.

Cuando acordé, ya estaba afuera, con cara de mujer de cuarenta años que acaba de dejar el aire acondicionado de su cabina reluciente para pisar el sucio asfalto ardiente, sofocado, asfixiante de la calle. Con cara de mujer dueña de una vagoneta nueva que ha sido chocada no una, sino dos veces. Dos veces. Dos. Pero, además, con cara de dueña que ha sido chocada dos veces ¿en medio de un embotellamiento! Hágame el favor, si es cuando menos se mueven los autos, cuando menos avanzan, cuando con menos velocidad avanzan. Pero es que yo quería poner el retro y no podía. Entonces apabullada, incendiada, dispersa, había avanzado en vez de retroceder, hágame el favor, había avanzado en vez de retroceder, había avanzado después de haberla chocado ya una vez, antes.

Entonces claro, esa mujer dueña, en sus cuarenta, que había bajado con toda la elegancia de su vagoneta, por supuesto que tenía todo el enojo encima, y además tenía la razón de todo su enojo. Su enojo contra mí. Y ahí estoy yo en la lata vieja de mi autito celeste, recién salido del chaperío pero además habiendo olvidado, hacía pocos días, la elegancia que se necesita para descender de un auto, ahí

estoy yo con la palanca, los pedales y este sudor que me corre desde la nuca hacia la espalda, este sudor que sale de mis axilas y mancha la blusa de puntitos blancos ¡Por Dios! ¿A quién se le ocurre ponerse una blusa negra con puntitos blancos en medio de este calor? A quien ya ha perdido toda noción de elegancia, por supuesto.

Las palancas, los pedales, los músculos en mis piernas, con mis brazos y con las carnes que cuelgan de mis brazos accionando la caja y la caja no entra. No quiere entrar. Pero ¿qué hago? Vaya a saber uno, la señora elegante de cuarenta años, que todavía, qué elegancia, viene hacia mí y yo mis brazos, el volante, mis pies, los pedales, pero ¿qué hago? No lo sé, no lo sé, estoy en medio de un peligro silencioso en que mi cuerpo procede, acciona y decide más allá de mí.

Mientras la miro, activo los pedales, las palancas, los músculos y solo avanzo una vez más, estrujando el parachoques reluciente ¡otra vez! Por Dios, ¡ya van tres veces! de la dueña que pone sus brazos en jarro y me mira ¡incrédula, enojada, sobrepasada! Otra vez acababa de ocurrir otro chirriar de latas (las mías) contra los fierros (los de ella) en medio del calor de la avenida embotellada.

Me hubiera puesto a llorar, pero ella levanta una mano, levanta una mano, levanta la mano derecha en son de paz, las manillas tintinean alegres, inocentes, cristalinas alrededor de su muñeca cuando ella levanta la mano en son de paz y me dice: No se preocupe, avanzo yo.

No se preocupe, avanzo yo.

Así que da la vuelta y retorna a su vagoneta, da la vuelta como una *ballerina* en tacos aguja, da la vuelta hacia su reluciente, abre la puerta acondicionada, con qué elegancia jala el cuerpo para adentro de la fina, cierra la puerta y hace lo que tiene que hacer. Lo que tiene que hacer es avanzar apenas unos cuantos centímetros para alejarse de esta loca que soy yo, para alejarse de esta mujer trancada que soy yo, para que el sofocado celeste deje de estrujar su parachoques y se cuelgue. La *ballerina* retorna al reluciente para que esta, que soy yo, se cuelgue y se pierda. Se pierda para siempre en los hechos nimios, en los hechos sin importancia que ponemos aparte para olvidar. ¿Acaso no era saludable que ella se olvidara de

esta mujer que estrujó su parachoques reluciente en medio de un embotellamiento acalorado?

Por supuesto que sí. Ni me quejo ni protesto. Mientras no me diga Adela está bien, eso sí que no se lo hubiera perdonado, como no se lo perdoné jamás a Gerardo, ese sinvergüenza que en paz descanse. Yo también tengo mis hechos olvidables, mis anécdotas puestas a un lado para olvidarlas, para prescindir de ellas porque no tienen importancia. Porque no tienen importancia, tal vez, o porque no soy capaz, simplemente no soy capaz de recordarlo todo, o porque no me interesa. ¿Acaso no es aconsejable apartar, desechar, olvidar lo que no es interesante? Tal vez no. Tal vez yo no tenga ese derecho, el derecho de olvidar lo que no me interesa, sobre todo cuando lo que no me interesa, cuando entre lo que no me interesa están los movimientos de palanca que debo hacer, los movimientos que debo hacer para poner en retro mi autito celeste para no chocar a la dueña de enfrente.

Y bueno, sí. Debo admitir que lo que sucedió ese día fue precisamente eso: olvidé cómo poner mi auto en retro. Debo admitirlo, aunque me avergüence. Debo decirlo más allá de la vergüenza: me olvidé cómo se hace para poner el retro. Claro que en ese momento yo no lo sabía, por supuesto. Por supuesto que no sabía que lo había olvidado. No lo sabía y pensé que se trataba de la vejez del celeste, que la vejez había hecho que el mecanismo dañado...

Claro, había un mecanismo dañado. Había un mecanismo dañado por la vejez, pero no era el mecanismo de la caja y tampoco era la vejez del auto sino mi mecanismo, mi mecanismo, el mecanismo que tengo en la cabeza; y era mía la vejez, la vejez de mis músculos, la vejez de las sinapsis cerebrales, la vejez de los caminos que mi cabeza había recorrido durante tantos años, cuántos años, pero que ahora se habían desgastado, tal vez, se habían borroneado, tal vez, se habían taponeado, ¿quién sabe? Y por eso ya no me servían, ya no me ayudaban, ya no lograban que yo recuerde el modo, los movimientos necesarios en la palanca de la caja para poder dar retro en mi mecanismo celeste.

Por supuesto que ese día, el día que olvidé el mecanismo porque no me interesaba tal vez, ese día no lo sabía. Pensé, en cambio, que era culpa del auto. El auto era viejo, estaba recién salido del chaperío, y todos sabemos que los chaperos, que los mecánicos, bueno, casi nunca dejan todo en orden, ¿no? No. No era eso. Era nomás que lo había olvidado. ¿Que cuándo lo recordé? ¿Que cuándo supe que no estaba averiado, que lo había olvidado? No recuerdo el día, es decir, no recuerdo el día exacto en que lo recordé, digamos la fecha, el mes. Era un jueves. Un jueves. Lo sé bien, porque el día antes, que había sido miércoles, el día antes, pero por la noche, Sergio me había llamado de su trabajo y me había dicho Mamá, Patricia y yo hemos decidido vivir juntos.

Habían decidido vivir juntos. Habían decidido vivir juntos, pero yo vivía con él. O sea, él vivía conmigo. Ahora, en cambio, iba a vivir con Patricia, junto a Patricia. Le decía Patricia, porque a ella no le gusta que le digan Pati. Aborrece que le digan Pati. Me llamo Patricia, aclara enseguida. Entonces todos le dicen Patricia.

Una vez yo me equivoqué de nombre. La llamé otra cosa, ya no recuerdo qué. Tal vez eso tampoco me interese, tal vez no me interese saber el nombre con el cual la confundí. Pero no la confundí con un nombre, por supuesto, sino con otra chica, la chica, la ex de Sergio, cuyo nombre no recuerdo, pero en esa época, cuando Patricia y Sergio recién estaban empezando, en ese tiempo sí me acordaba. El nombre de Patricia, en cambio, ese nombre no lo recordaba, me costaba recordarlo, tal vez en ese momento no me interesaba acordarme, o no quería acordarme, quién sabe. Ahora en cambio, sí. Cómo olvidarme de Patricia, faltaba más, si es la chica con la que vive mi hijo, desde aquel miércoles en que me dijo Mamá, Patricia y yo hemos decidido vivir juntos.

Pero eso no es lo importante. Quiero decir no es importante aquí, porque lo que quiero decir, lo que quiero decir aquí, es que unos días después las sandalias volvieron a confundirse, las sandalias, las sinapsis. Las sinapsis volvieron a...

Hacía sol. Digo que hacía sol porque nada malo se espera cuando es un día de sol. Era un día de sol y yo había decidido ir al

supermercado. Dos cosas estaban en mi lista. Una lista mental. Detergente y aceite, pero también tenía deseos de chocolate. Entonces dije también chocolate. Cogí el detergente, el aceite y me olvidé el chocolate, después doblé a la derecha, fui por detrás de la góndola con las gelatinas y las masas en caja para hacer tortas y luego quise salir, pero lo había olvidado. Presta atención: ¿a qué lado está la calle? No. Este supermercado sale a dos calles. Presta atención: ¿por dónde se sale? Pero lo había olvidado, quiero decir, no solo que lo había olvidado, sino que estaba totalmente desorientada a tal punto de no poder dilucidar dónde estaba yo con respecto al supermercado en general. Es decir, si me imaginara el plano del supermercado, tal como lo tengo en mi cabeza porque aquí vengo casi cada día, si el plano, ¿dónde estaría yo ubicada? No, ni idea. ¿Por dónde debo ir para encontrar la salida? No lo sabía. Enteramente, no lo.

Entonces decidí esperar. Decidí esperar, porque qué góndola. Góndola. Porque qué. Qué vergüenza. Vergüenza, detener a una persona desconocida y preguntarle ¿Por dónde salgo? ¿Por dónde puedo salir? Respira, respira. Respiro. Calma. Ya te vas a acordar, pero ¿cómo puedes haberte olvidado? ¿En qué estabas pensando? El camino se me había taponeado, de tanto recorrerlo, de tanto gastarlo. Miraba las cajas, miraba las leches, los yogures, iba buscando, pero no, no era esa la lista. No era esa la lista. La salida. No era esa. Trancada.

Claro, en algún momento logré salir. Por supuesto que logré salir, pero ya no recuerdo cómo. Es decir, no recuerdo si vino a mí el mapa, si de repente estaba yo ante las cajas y la puerta de sandalia, de salida, o si le pregunté a alguien o simplemente seguí a un alguien, no lo sé. Después, crucé la puerta y estaba en medio del reluciente, estaba en medio del. Estaba en medio del parqueo, bajo el sol y me vine a casa. Por el camino me vine a casa.

Yo le dije Bueno, felicidades hijo. Invítala mañana a almorzar, pero me quedé pensando. Me quedé taponeando, taponeando. Pensando. Me quedé pensando. Me quedé en que me llamo. Me llamo *ballerina*. Me llamo ba, me llamo Eu.

Me llamo Eugenia.

Eugenia, pero tengo miedo. Una vez me dijo Adela. Adela, a ver: Gerardo, ese hijueputa, me dijo Adela y yo lo borroneé, lo reluciente, la sandalia, porque ni los acondicionados ni los psicológicos, ni las finas y sus agujas, ni las jubiladas, nada, porque de ahí en adelante nada me hará proceder el mecanismo, el cuarenta, el chocolate.

ÍNDICE

- 7 BLACKOUT
MAGELA BAUDOIN
- 17 EL CUARTO. CUENTO INANIMADO
OSWALDO CALATAYUD CRIALES
- 25 THE 1975
GABRIEL MAMANI MAGNE
- 32 LAS SANDALIAS
CLAUDIA PEÑA CLAROS



•
MÓNICA VELÁSQUEZ GUZMÁN

es poeta, crítica literaria y docente. Sus libros de poesía más queridos para ella son *Hija de Medea* (2008) porque le enseñó a ser otra desde la crueldad como contracara de la fragilidad y *Abdicar de lucidez* (2016) porque fue entre esos poemas que se le desfondó el lenguaje sin lograr hasta hoy un zurcido que lo repare. A cambio, la poesía le regaló una intuición: «rendirse al animal/ abdicar de lucidez». Concibe la crítica como un acto incontinente de lectura que orilla la búsqueda e invención de interlocutores. Ocupación medular: preguntar. Contemplación central: una palabra sonando. Actualmente trabaja, por un lado, para sus cuentas y, por otro, para sus cantos–aullidos.

[FOTOGRAFÍA: DIEGO GULLCO]

COLECCIÓN **ALMANAQUE**

dirigida por Analía Gerbaudo

Como los viejos almanaques en los que caían juntos el santoral, dibujos o fotos y el calendario lunar, en esta colección se reúnen textos diversos hilvanados por la presunción de la necesidad de su difusión en este corte del presente.



VERA editorial cartonera

Centro de Investigaciones Teórico-Literarias de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral.

Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet).
Programa de Lectura Ediciones UNL.



CEDINTEL



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Félix Chávez

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral (www.huertatipografica.com).

Bolivia, ¿dónde está eso? / Magela Baudoin ...

[et al.] ; Editado por Mónica

Velásquez Guzmán. - 1a ed - Santa Fe :

Universidad Nacional del Litoral,

2023.

Libro digital, PDF/A - (Vera cartonera /

Gerbaudo, Analía; Almanaque)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-344-6

1. Cuentos. 2. Literatura Boliviana. 3. Literatura

Contemporánea. I. Baudoin, Magela

II. Velásquez Guzmán, Mónica, ed.

CDD B863

© Magela Baudoin, Oswaldo Calatayud Criales, Gabriel Mamani Magne, Claudia Peña Claros, 2023.

© de la edición: Mónica Velásquez Guzmán, 2023.

© de la editorial: Vera cartonera, 2023.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL

Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina

Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional